

con filial confianza su espíritu en manos de Dios para que Dios sea su luz, y lo sea en la medida que al mismo Señor le plazca, con claridad ó entre celajes, ya en la obscuridad de la fe, ya en los resplandores de su manifestación; —bástale saber lo que Dios quiere que sepa, está ante Dios como un ciego á quien El abre ó cierra los ojos según le place; y si un alma semejante pudiese elegir, escogería más bien el ser pobre y humilde de espíritu.

2.º El alma que practica esta santa dejación entrega sencillamente su corazón á Dios para amarle tan solo á El, é igualmente en todas las cosas y en todos los estados.

Si el Señor quiere inflamarla en un amor fervoroso, se considerará el alma muy dichosa; si le da una gracia de consolación, la recibirá con mucho agradecimiento. — Pero si quiere este amoroso Padre darle á beber algunas gotas de su cáliz de hiel, hacerla participe en algo de los desamparos, deserciones, desolación y tristeza que El sufrió; el alma puesta en esa santa dejación beberá amorosamente ese cáliz, compartirá las agonías de Jesús y le permanecerá fiel en medio de las pruebas.

3.º El alma poseída de ese santo desasimiento entrega enteramente á Dios su propia voluntad para que El la gobierne, la doble y la enderece como quiera.

Y de allí en adelante, no llamará alegría, bien, dicha, virtud, celo y perfección sino á lo que lleve el divino sello de la voluntad del Señor.

¿Qué quiere Dios? ¿Qué desea? ¿Qué le agrada más? — He ahí toda la ley, toda la elección, toda la vida del alma que se ha puesto enteramente en manos de Dios.

4.º Un alma así, se da al servicio de Dios sin otro querer y sin otro grado de amor que el que le concede Dios y del cual el mismo Señor la traslada cada hora cuando y como le place

Un alma así, sirve á Dios según los medios que están por el momento á su disposición, sin apearse ni á su situación ni á los medios y gracias que entonces tiene: sólo en la santa voluntad de Dios se apoya.

DÍA QUINTO

PRIMERA MEDITACIÓN

Primera virtud del amor: la Humildad.

I. La primera virtud que el amor de Jesús produce es la humildad.

Virtud es ésta del pobre honrado, amado, enriquecido por el mejor de los Reyes sin otro mérito personal suyo que su misma pobreza.

Es la humildad la primera virtud del pobre pecador, que se reconoce indigno de toda estimación, de todo afecto, de todo favor de Dios, como aquel humilde Centurión del Evangelio, como el publicano humillado en el templo, como la Magdalena á los pies de Jesús.

Piedra angular de la santidad es la humildad: no puede haber edificio sin cimiento, ni árbol sin raíces, ni arroyo sin fuente; y cimiento, raíz y fuente de la vida espiritual es la humildad.

Condición y medida de la gracia de Dios es la humildad: cuanto más humilde es el alma tanto más

rica en gracias está: el caudal de agua se amolda á la capacidad del vaso que la recibe.

La humildad es el estado y forma de vida de Nuestro Señor. es su virtud favorita y magna; su bandera, la expresión de su íntima índole, pues Él dijo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.»

Precio y medida de la gloria celestial es también la humildad, que cuanto más humilde haya sido en la tierra uno de los escogidos, tanto más grande será en el cielo: como en la balanza, que tanto más sube un platillo cuanto más baja el del opuesto lado.

Necesario es, por lo tanto, que yo practique, adquiera y honre esta virtud magna de la humildad, y debo, por consiguiente, con todas las fuerzas de la naturaleza y de la gracia combatir contra la soberbia, su mortal enemigo; — la soberbia, que es la rebelión contra Dios, la idolatría de sí mismo, el pecado del ángel rebelde.

II. ¿Cómo llegaré á ser humilde? — Por Jesucristo únicamente; que de mío ni sé encontrar los medios al efecto, ni puedo practicarlos. La soberbia está encarnada en mí, y ese es el fruto que naturalmente da de suyo el hombre. Jesucristo, al contrario, me enseña la humildad y es el divino Maestro de esa virtud: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.» — Cúmpleme, pues, contemplar la humildad en Jesús.

1.° La humildad en su vestido: sencillo y común sin distinción de moda ni lujo: decente y pobre, tal se nos presenta.

2.° La humildad en su alimento: vive como los pobres de su condición; manjares, vajilla, mesa,

asientos, todo hace honor á la humildad de la pobreza.

3.° Humildad en la habitación: palacio real del Verbo encarnado es el portal de Belén, y luego Nazareth, y después las grutas solitarias, y más adelante el albergue de la hospitalidad y, por último, la cruz.

4.° Jesús usa un lenguaje respetuoso y sencillo; el tono de su voz es modesto como el del pobre y su continente lleno de respeto y casi tímido; su andar mesurado, detenido y dando la preferencia, como hacen los pobres y los sirvientes.

5.° Jesús se mezcla entre la muchedumbre en los deberes comunes de la religión y de la ley.

Nunca busca sitio distinguido, puesto eminente ni ministerio honroso.

6.° Jesús no se ensalza á sí mismo ni se jacta de cosa ninguna: si hace prodigios de poderío, si dice palabras que encantan, toda la gloria de ello la devuelve á su Padre.—Por lo que toca á Él, en cuanto hombre, nada quiere, rehusa todo honor y toda alabanza; huye, se oculta y se escapa de los honores del mundo.

7.° Hasta en medio de su poder y gloria posee Jesús el secreto para ser humilde.

La sagrada Eucaristía es el perpetuo triunfo de su humildad en la tierra.

¡Ah, sí! Amaré la humildad de mi Jesús, honraré la humildad de mi Señor y mi Dios; la humildad eucarística será en adelante el evangelio de mi corazón, ley de mi vida, tesoro de mi amor.

SEGUNDA MEDITACIÓN

El amor crucificado.

El amor de Jesús es amor crucificado y que crucifica: en eso brilla su carácter divino.

I. El amor de Jesús le crucificó á fin de mostrarme hasta dónde llegaba su afecto y su ternura para conmigo: si Jesús no hubiese padecido, hubiera podido dudar de su amor.—El mismo me presenta sus padecimientos como prueba de su amor.

Me dice «que da su vida de su propia voluntad», porque «Ninguno tiene mayor amor que éste, que es perder su vida por sus amigos.»

Y San Pablo me dice que Cristo «me amó y se entregó á sí mismo á la muerte por mí.»

¡Oh cuán hermoso es el amor de Jesús, nacido en un pobre portal, reclinado en las pajas sobre un humilde pesebre!—«¡Oh amado mío!—exclama aquí San Bernardo:—cuanto más pobre y mísero, tanto más amable y querido para mí.»

¡Qué tierno se nos muestra el amor de Jesús cuando le vemos pobre artesanito ocupado en su trabajo, á fin de atender á su sustento y al de su Santísima Madre y de San José!

Y en especial, ¡qué grande, sublime y admirable se nos presenta el amor de Jesús cuando se halla de rodillas, triste, desolado, angustiado con dura agonia en el Huerto de las Olivas, y después triunfando de todos los temores y de todos los dolores por salvarme!

Hermosamente brilla su amor cuando le miramos sufriendo las salivas, las bofetadas, las burlas de

la impía soldadesca de Caifás, Anas, Herodes y Pilatos.

Mas ¿qué diremos del esplendor soberano de este portento de amor en la subida al Calvario con su noble cruz á cuestras, y en su crucifixión y muerte entre dos ladrones, maldecido de los hombres y desamparado de Dios?

¡Y todo esto por amor á mí!

¡Ah, sí, amor mío! Inclinad la cabeza y los moribundos ojos hacia mí, y al expirar decidme: «Consumado está el amor.»

II. El amor de Jesús es también amor que crucifica.

1.º Crucifica al hombre viejo, el hombre de los sentidos, de las codicias, de la concupiscencia: le crucifica en la cruz de Jesús para sujetarlo con los clavos del amor y transformarlo en un hombre nuevo.

He aquí por qué la primera voz del amor de Jesús entre los hombres es ésta: «Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos.» Exige de quien quiera ir en pos de El, que «se niegue á sí mismo, y tome su cruz y le siga.»

Por eso San Pablo da como señal del verdadeo discípulo del Salvador que traiga siempre la mortificación de Jesús en el cuerpo. Pues «los que son de Cristo crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias.»

Así que el amor de Jesús debe crucificar en mí el pecado cometido, la concupiscencia, pábulo del pecado, y los sentidos por medio de los cuales se comete.

2.º El amor de Jesús crucifica al hombre justo y santo, para hacerle más parecido á su buen Maestro.

Le crucifica hasta en su amor, para que esté más cerca de Jesús, más unido á El.

Le crucifica en sus gracias, porque toda gracia viene del Calvario y tiene el carácter y matiz de su procedencia.

El amor de Jesús le crucifica hasta en el Tábor de su amor, pues que los padecimientos, el sacrificio, la cruz, en una palabra, es el lazo que une al cristiano á Jesucristo, la única y verdadera prueba de su amor á Dios.

El amor de un corazón fiel, de un alma ferviente, necesita padecer para consolarse y hallar alivio para suplir á lo mucho que querría hacer por su Dios.

Consuélese el amor cuando padece: puede entonces con verdad decir á Dios: «Vos sabéis que os amo bien.»

El amor crucificado (continuación).

El amor hace compartir el estado de aquel á quien se ama.—Mi amor á Jesús debe, pues, ser como el suyo á mí lo ha sido; amor que crucifica y amor crucificado.

I. Amor que crucifica.

1.º Debo crucificarme con Jesús, mi Salvador, expiando los pecados que he cometido y expiándolos cada uno según su especie: mi soberbia, con su profunda humildad; — mi vanidad, con los desprecios que él padece de los hombres prudentes y doctos, grandes y chicos; — mi amor propio, con el desamparo en que todos le dejaron; — mi quisquilloso puntillo de honra con la desatención y grosería con que le trataron los suyos.

Jesús se humilló hasta tomar forma de siervo,

hasta poder ser comparado á un leproso, á un maldito de Dios y de los hombres, á un misero gusano.

2.º Jesús ha expiado mi vida muelle y dada al regalo de los sentidos, con lo penitente de la suya; austero alimento, lecho duro como el desnudo suelo; una casa pobre: tal fué su cotidiano vivir.

Y después marcha á la Pasión y toma la cruz en que va á expiar los pecados de cada uno de mis sentidos culpables.

Átanle los pies y después se los clavan para expiación de tantos culpables pasos míos: átanle y clávanle las manos para expiar la vanidad, el delicado trato y los pecados de las mias; coronan de espinas su sagrada cabeza para expiar las coronas de rosas de vanidad y orgullo que yo me he ceñido; nublados de sangre sus ojos lloran por mis miradas culpables, sus labios guardan silencio. calla como un manso cordero, por expiar mis malas palabras: le abofetean en la mejilla manos sucias é impuras, por purificar mi rostro manchado: lleno de azotes y cubierto de llagas está su cuerpo santísimo, y estas llagas y la sangre que de ellas mana son su vestidura en la cruz: — así expía Jesús lo sensual de mi vida.

3.º Jesús expía mis pecados de codicia, de ambición, de excesiva precaución en perjuicio de la confianza debida al paternal cuidado de la Providencia de Dios.

Nada posee como propio; no quiere tener nada: vive de la divina providencia de su Padre; de la caridad de sus discípulos. He ahí el mayor sacrificio del amor: no estribar ya en cosa alguna, saber esperar en sólo Dios, entregarse del todo en manos de su misteriosa providencia.

II. Amor crucificado.—La cruz es el leño en que se sostiene el fuego del amor divino; es la prueba de ese amor y la perfección del mismo. La cruz marcha á la par de la santidad en las almas y la sigue según sus grados, indole y gracias.

Así, pues, un alma verdaderamente amante ama la cruz, y ama por la cruz los padecimientos. Si amase á Jesús sólo por los gozos de su amor, de su paz, de su contento ó con la mira de disfrutar estos dones, sería entonces su amor tan imperfecto como el amor propio de donde nacia.

Pero el sello de las almas grandes es amar por la cruz y por las diversas muertes que el amor reclama.

Además, y es cosa de admirar, posee Dios el secreto de hacer padecer á un alma hasta en sus mayores gracias y en la más perfecta contemplación de su bondad.

Ningún alma gozará de Dios tan altamente como la de Jesús, y sin embargo ninguna padecerá tanto como ella padeció.

«Cruz y martirio perpetuo fué la vida de Jesús:» leemos en la *Imitación*.

La cruz es el fuego que purifica el alma y le da un temple firme de virtud: es la espada con la cual conquistaremos nuestra libertad, eximiéndonos de las criaturas; ella nos redime de toda servidumbre y esclavitud humana, y podemos también llamarla el campo de batalla del amor divino, el altar del sacrificio, la mayor gloria de Dios.

¡Oh cruz de amor, yo te adoro; cruz que tienes á Jesucristo!

Ven: yo quiero abrazarte, llevarte y estimarte; tú serás quien presida mi vida de amor.

TERCERA MEDITACIÓN

La santísima voluntad de Dios.

El más breve, excelente y agradable camino para llegar á la santidad es la conformidad con la voluntad de Dios.—La cual conformidad viene á ser como una traducción práctica á los hechos de nuestra vida de aquella hermosa petición: «Hágase tu voluntad.»

A esta divina regla de la santísima voluntad de Dios debo pues acomodar mi vida.

I. Debe ser la regla suprema de mi espíritu: debo pensar, juzgar y desear según el pensamiento, el deseo y el juicio de Dios, y con eso estaré siempre en lo verdadero y en lo justo.

¿Qué dice, qué piensa sobre esta cuestión, sobre este asunto, Jesucristo? Tal es la primera ley de la prudencia.

¡Ah! ¡Cuántas veces me he equivocado en mis juicios por consultar sólo al mundo, al amor propio y á mi gusto!

II. A la santísima voluntad de Dios deberá arreglarse invariablemente en todo la mía. ¿Hay por ventura cosa más justa y razonable que el someterse la voluntad del siervo á la de un buen amo, la del niño á la de un buen padre?

Sólo es bueno, santo y perfecto lo que Dios quiere. La santísima voluntad de Dios es fácil ya siempre acompañada de la gracia que todo lo torna ligero, suave y amable. Lo que Dios quiere de mí, eso es lo único que me es útil y conveniente.

—Dios ve mis necesidades, conoce mi flaqueza y elige siempre lo que mejor me conviene.

¿Qué resta, pues, sino que me aplique yo á conocer la santísima voluntad de Dios respecto á mí, y amorosamente cumplirla?

He aquí la norma de vida más sencilla y más acomodada á mis necesidades: ¿Qué es lo que Dios quiere actualmente de mí?

Su santísima voluntad conocerla he siempre por la ley del deber, de las conveniencias, de la caridad.

Inclíname siempre su gracia á su divina voluntad, y su amorosa Providencia prepara al efecto todos los medios y circunstancias favorables.

Así que Dios atiende á cuidar de mí como una madre atiende á cuidar de su hijito. Dios se ocupa en cuidar de mí lo mismo que si no tuviese en el mundo nadie más á quien regir y santificar. Dios, con providencia verdaderamente maternal, no deja nada al acaso en mi vida: todo está previsto, preparado y pronto; sólo resta decir: «Hágase tu voluntad.»

¡Oh santa y suave ley! Desde este punto te tomo y escojo por divina norma de mi vida.

En todas las cosas habré de decir: «¿Qué quiere Dios?» Y añadir en seguida: «Pues yo también.»

III. Suprema ley del amor de mi corazón debe ser la voluntad de Dios.

Sólo debo amar lo que ama Dios, y amarlo porque Él lo ama, porque tal es su divino beneplácito.

Abrazaré, por consiguiente, cuanto me sobrevenga por la voluntad de Dios, sin mirar si esto ó lo otro agrada ó desagrada al mundo, atendiendo sólo á si place á Dios, si le es agradable, si le da motivo de gozo.

Y así descansará mi corazón sin miedo y sin tristeza en el amor de la divina voluntad y de su santo beneplácito.

Sólo estaré contento cuando pueda decir: «He cumplido la voluntad de Dios.»

Renuncio ¡oh Dios mío! á mi voluntad para dedicarme y consagrarme enteramente á la vuestra.

No quiero ya saber desear ni amar otra cosa fuera de vuestra santísima, adorabilísima y en todo amabilísima voluntad.

SEXTO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

Devoción á la Eucaristía.

Servir á Jesús: ahí están mi vida, mi gloria y mi felicidad.

¿Pero qué virtud, cuál estado de Jesús habrá de constituir el principal objeto de mi devoción, é imprimir á la misma su especial carácter? ¿Cuál escogeré entre los adorables misterios de la vida de Jesús? ¿Tomaré la niñez del divino Salvador en Belén, su vida humilde y oculta en Nazaret, ó bien concentraré, con san Pablo, toda mi ciencia y amor en Cristo crucificado?

Infinitamente bueno y amable se nos muestra Jesús en todos estos misterios; pero no constituyen ellos la hijuela especial que se me ha adjudicado, la gracia particular que de preferencia me atrae, el amor á que singularmente debo aplicarme. — Busco

sobre los misterios ya pasados, sobre todo hecho transitorio, á Jesús mismo, á su adorable Persona.

Quiero, como Magdalena, postrarme á sus pies y besarlos, ó emplearme en su servicio como Marta.

O mejor aún, servirle acompañando á la Reina de todos los servidores, á mi buena Madre la Santísima Virgen María.

Quiero vivir siempre con Jesús, para servirle siempre.

¿Y dónde está Jesús, mi Salvador? — En los cielos y en el Santísimo Sacramento del Altar. — El cielo es para los ángeles y los Santos que han obtenido eterna corona. La Eucaristía para mí.

Jesús en el Santísimo Sacramento: tal es la hermosa y divina suerte que más especialmente me corresponde, la misma de la Santísima Virgen durante veinticinco años en el Cenáculo, la de las almas que supieron buscar el verdadero bien, la de los que aman á Jesús.

La Eucaristía: he ahí mi gozo, mi riqueza, mi casa, mi palacio, donde habita el Rey de mi vida, el Dios de mi corazón.

La Eucaristía: he ahí mi cielo en la tierra. — Acudiré ante este Santísimo Misterio como los ángeles y los Santos se postran en el cielo ante el trono del Cordero. — ¡Cuánta es vuestra bondad, Dios mío, en haberme concedido tan excelente gracia, en haberme llamado á una vida tan llena de delicias y de santidad!

Para allanarme las dificultades me habéis libertado de la servidumbre del mundo, habéis quebrantado todos los lazos naturales que me sujetaban; me hallo libre y en disposición de emplear mi vida.

Para que pudiese consagrarla únicamente á Vos

en la Eucaristía, habéis venido velando sobre mí continuamente con paternal providencia; á fin de que descargado de toda ansia y cuidado temporal y de toda solitud de la vida, pudiese consagrarme enteramente á ser del todo y en todo siempre vuestro.

Para hacer esta mi vida amable habéis puesto en mi corazón vuestra divina caridad, la gracia de la devoción eucarística, el atractivo, la necesidad, la ley de amor de la Eucaristía.

¡Oh Maestro bueno, Rabboni! ¿Qué os he hecho yo para que así me prodiguéis tanto amor? ¿Qué haré yo para corresponder á tanta bondad? ¿Qué podré devolveros por todos los beneficios que me dispensáis? — Mi corazón y mi vida, que en Vos tendrán su ímán y su norma.

I. La Eucaristía será el ímán de mi corazón; allí tendrá su vida, su inspiración, su reposo y su amor. Jesús lo ha dicho: «Porque donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón.»

Vos seréis ¡oh Jesús amado! mi único tesoro. No buscará ya mi corazón al Amado; que encontré al que ama mi alma: ni languideceré ya de amor por vuestra ausencia; que sé dónde hacéis morada.

Y ahora atraed hacia Vos ¡oh divino Amante de las almas! atraed hacia Vos todo cuanto en mí hay: mi entendimiento con sus pensamientos, mi corazón con sus deseos y afectos, mi voluntad con todos sus actos, mi cuerpo con todos mis sentidos, á fin de que no viva ya yo en mí sino en Vos.

II. Será también la Eucaristía norma de mi vida, pues que la regla, el deber de un servidor es únicamente servir al amo.

De suerte que habré de mantenerme ajeno de

cuanto no se refiera á servir al Señor Sacramentado; todo lo que no procure su gloria me será indiferente; todo cuanto le sea contrario tendrá en mí un capital enemigo.

¡Ah! ¿Cómo podría ver á sangre fría que se insulte y se ofenda á mi buen Dueño? — ¿Cómo pudiera serle jamás infiel? ¡Ah! no, nunca.

Antes al contrario le amaré y me emplearé en su santo servicio, siempre y en toda ocasión.

SEGUNDA MEDITACIÓN

La Eucaristía me llevará á la perfección.

Los que pretenden hacer gran papel en el mundo prepáranse largamente de antemano para presentarse con ciencia y experiencia muy cumplidas. — Para servir á un Monarca búscanse las gentes más hábiles y completas, y nadie va á hacer su aprendizaje entrando de golpe y rondón en el servicio de los Reyes.

¡Qué de gracias y virtudes en San Juan Bautista para prepararle convenientemente á su misión de Precursor! — Para que la Virgen María fuese la Madre de Dios, ¡con qué portentosas gracias la enriqueció la Santísima Trinidad!

Y ciertamente que para llegar á ser un digno servidor de Jesús ¿no debiera yo tener la pureza de los ángeles, la santidad del Bautista, el perfecto amor de la Santísima Virgen María? — ¡Y cómo, sin méritos, sin virtudes, sin amor osaré acercarme al Rey de la gloria, al divino Jesús!

Ten confianza ¡oh alma mía! ten confianza y no te desaliente el ver tu pobreza; no sean parte tus mi-

serias para que te alejes de Jesús, pues tus mismas faltas podrán servirte de título para ser objeto de su infinita bondad: Él ha dicho: «Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviare» Jesús nos ha dejado en la Eucaristía un Pan para los débiles y para los fuertes, un remedio contra el pecado, un arma poderosa contra el demonio, y el perpetuo prodigio de su vida renovada, continuándose en este Misterio para sostén de los miembros enfermos y flacos de su cuerpo místico.

Ve, pues, á la Santa Eucaristía; acércate á Jesús, oculto bajo el velo de las especies sacramentales, Víctima perpetua de amor, Pan vivo que te presta vida; y allí, prosternado ante Él, encontrarás la gracia, la fuerza del bien, la luz y el amor.

Jesús es la verdad y la caridad.

El fuego purifica en breve el hierro tomado de orín, lo temple y lo convierte pocos instantes después en poderosa arma. Y asimismo si echamos en el fuego leña verde todavía y agua juntas, vemos que pronto aquel elemento la seca para incorporársela, y convierte luego la madera seca en un carbón ardiente.

Arroja, pues, todas tus miserias en esta hoguera del amor divino, como quien arroja la paja á las llamas. Lava tu manchada túnica bautismal en la pura y venerable sangre del Cordero de Dios, y saldrá de allí toda resplandeciente de blancura y de belleza.

Deja ¡oh alma mía! aquel camino por donde se va con lentitud al Cenáculo donde se consume todo el tiempo en preparación, resultando finalmente que no queda ninguno para Dios.

No te inquietes por adquirir desde luego todas las

virtudes, méritos y sacrificios de la santidad; comienza por lanzarte con alma y vida en el divino fuego del amor de Jesús Sacramentado; como la Esposa de los Cantares, como el discípulo amado en la noche de la Cena, ve á recibir á Jesús, ve á contemplar su amor y su bondad en la Santa Eucaristía; podrás entonces volar desde el Sagrario á todos los combates y arrostrar todos los sacrificios: tendrás en ti el amor, aquel amor que lo puede todo en Dios que nos conforta.

Mira cómo en un momento Jesús hace de Pedro pecador un gran Santo: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?—Señor, le dijo Pedro: tú sabes que te amo.»

Y cuando á la tres preguntas ha respondido el discípulo con tres actos de amor, entonces está ya dispuesto para todo; Jesús le confiere su misión de Cabeza visible de la Iglesia y le revela su martirio... El amor le había preparado y el Santo llenó fielmente su ministerio.

La razón de esto es que el amor inspira, forma y perfecciona todo á la vez: así es que el que ama necesariamente procura imitar al amado.—Cual tu amor fuere, tu vida será.

TERCERA Y ÚLTIMA MEDITACIÓN

Vida eucarística de Jesús.

La equidad, mi interés, el amor piden que viva yo de la vida de Jesús en el Santísimo Sacramento. Norma y fin de mi vida ha de ser la suya.

Mirando la cual, vemos en ella dos caracteres bien marcados:

I. Es oculta.—«Verdaderamente Tú eres un Dios escondido», exclamaba Isaías, vaticinando el Misterio eucarístico. Así, pues, está allí el Señor bajo un velo.

De este mismo carácter participan también todas las virtudes y obras de Jesús en este divino Sacramento; á todos prodiga allí su bondad, los dones y gracias de su amor, y oculta la mano que los da y hasta el corazón que los ofrece.—Ejemplo con que me invita á hacer el bien teniéndole á Él solo por testigo y permaneciendo ignorado del mundo.

Échase de ver asimismo en el estado sacramental la santidad que en su vida mortal resplandecía, y continúa ofreciéndonos el modelo de las más admirables virtudes.—Allí está su pobreza completa: necesitase que el sacerdote le suministre la materia del Sacramento; necesitase un sagrario y un copón; Jesús trae la sola riqueza de su amor.—Allí su obediencia es continua, universal, perpetua, y nadie le ve obedecer.—Su persona divina reside allí escudada sólo con la grandeza de su amor, sin tomar otra defensa contra sus enemigos, contra los sacrilegos profanadores.—Allí es de continuo místicamente crucificado, y nadie lo percibe: solamente la fe nos lo enseña.—Allí está, ejemplar perfectísimo de la santa pureza, sin que los velos eucarísticos nos permitan ver como irradia de su divino rostro la belleza de esta hermosísima virtud. Allí su maternal inagotable caridad, sin que nadie vea aquellas manos que están siempre repartiendo beneficios.

Para tener, pues, mis virtudes un sello eucarístico, deberán ser también así; sencillas y ocultas como las de Jesús en la Eucaristía.

II. Segundo carácter de la vida eucarística de

Jesús es ser una vida del todo interior con Dios. De modo que obra Él aquí en secreto.

¿Qué hace Jesús en el Santísimo Sacramento? No corren ya sus pies en pos de la oveja descarriada, no; pero la espera amorosamente y la llama porque su amor le ha hecho quedarse prisionero en el Sagrario á fin de que puedan hallarle siempre los hombres.

No resuena ya su voz en medio de las muchedumbres, en las plazas públicas, ni aun en su mismo templo. Su palabra es aquí secreta, íntima: quiere se preste oído atento á su interior coloquio y por consiguiente que reinen á su alrededor serena calma y profundo silencio.

La perfección del amor consiste más en escuchar que en hablar, en contemplar que en trabajar activamente.— Dígalo si no la Magdalena á los pies de Jesús.

Silenciosa es la oración de este divino Señor en su Sacramento santísimo: no suenan aquí, como un día en el Huerto de las Olivas y desde la cruz, los suspiros suyos. Ora Jesús anonadándose ante la majestad de su Padre celestial.

Ama; pero no se ve la llama de su ardiente caridad: siéntese sólo el influjo fuerte y suave de aquel divino fuego.

Desde la sagrada Hostia santifica al mundo, pero de una manera invisible y completamente espiritual.

Gobierna el mundo desde el sagrario como desde su trono, pero sin abandonar su divina quietud en Dios.

Tal debe ser el reinado de Jesús en mí: del todo interior, íntimo.

Reconcentrarme yo todo junto á Jesús: facultades

y alma y, en cuanto sea posible, también mis sentidos.

Debo vivir con Jesús en Dios y no conmigo: con él debo orar, con él inmolarme en su sacrificio, consumirme en un mismo amor; llegar á ser una misma llama, digamoslo así, un mismo corazón, una misma vida en Jesús Sacramentado.

